

mentirosa de su madre seguía comprometiendo la empresa. No la llamé nuevamente como ella me sugirió, ahora seguiría con la parte final de los preparativos. Intentaría dejar la casa lo más acondicionada posible (aunque me gustaba ese aspecto de caverna que tomaba día a día, con las plantas del jardín entrando por el ventanal del comedor y la luz del atardecer dándole un aspecto de meditación y sosiego).

En cualquier momento llegarán de todas partes cientos de discípulos que prepararán el camino para los que aún no nacieron. Los esperaré sentado en el centro del living, confiando que mi barba y mis cabellos desordenados, junto con la pobreza de mis vestidos los convencerán de mi condición de Primer Elegido. Se prosternarán frente a mí recitando en voz alta las mismas palabras que dije en la rambla, me ofrendarán cuchillos eléctricos, picadoras y cuantos electrodomésticos son consecuencia del desarrollo armamentista de este mundo. Todos comprenderemos lo inútiles que son los departamentos, viajes a Europa y demás placeres terrenales, estaremos todos juntos disfrutando este descubrimiento cuando yo veré entrar a Nora entre arrepentida y contenta por la puerta atascada de alumnos, se acercará buscando mis ojos y yo abrazaré la ansiedad de su mirada.

## VANESSA

### *A mi sobrina*

Sería inútil averiguar cuándo empezaron los cambios, ni siquiera nos acordamos cómo era Vanessa al salir del sanatorio. Pero casi enseguida, un ritmo avasallador se desprendió de ella y nos arrastró a todos en inesperados cambios de edad que pusieron muy contenta a la abuela que ya se había resignado a verla sólo de pañales.

Teníamos que guiarnos por ese ritmo. Así lo decidimos el día que vino dormida en los brazos de su madre a buscar un esmalte de uñas y un lápiz de labios que se había olvidado la semana pasada. Después que le cambiaron los pañales se durmió, y nosotros nos fuimos a merendar con té, galletitas y la curiosidad de saber qué haría al despertarse.

Fue poco tiempo más tarde cuando un cuaderno borronado y desprolijo cayó sobre la falda del tío, acompañado por una lágrima, que suplicante recorría un rostro de pocos dientes y muchas cuentas por hacer. Esa era una de las señales que esperábamos: al tío no le importó dejar de preparar su examen y prestarle atención a ese cuaderno surcado por trazos de lápiz que la goma no podía ocultar.

"La maestra manda cosas difíciles que no entiendo" dijo Vanessa chupando mocos que todavía nadie había oído. El tío levantó el cuaderno de sus rodillas y trató de actuar

como si aquello fuera normal y no importara mirar ese rostro totalmente distinto al de la semana pasada. "A ver Vanessa, si tengo diez papas para repartir entre cinco niños... ¿cuántas le tocan a cada uno?". Un suspiro nervioso fue lo único que Vanessa pudo contestar, su mirada se perdía en las operaciones y una nueva chupada de mocos le dio la oportunidad a la abuela de intervenir.

"Son diez papas Vanessa, y hay cinco niños... ¿qué te parece?, ¿cuántas le tocarán a cada niño?". La abuela preguntaba mientras extendía sus diez dedos frente al rostro de Vanessa; a ver... ¿cuántos dedos míos podés agarrar con uno solo de los tuyos?, ¡a ver, probá! Vanessa enroscó sus dedos en los de la abuela y contestó "dos" sin mucho entusiasmo. La abuela pensó en lo útil de ese método que todavía la madre recordaba y nunca había puesto en práctica. "Cuando vayas a sumar, Vanessa, no te olvides de colocar las decenas debajo de las decenas" agregó el tío al descubrir una suma mal hecha. Parecía que Vanessa había entendido las explicaciones y se iba para el comedor con el paso titubeante de los niños que siempre preguntarán lo mismo. Nosotros, con nuestra preocupación, no nos dimos cuenta del ritmo y comenzamos a preguntarnos si Vanessa se distraía en clase o si la maestra no se preocupaba de ella; esas cuentas a esta altura del año ya tendría que saber hacerlas. "Voy a ir a la escuela a decirle a la maestra que le mande más trabajo para el fin de semana" dijo la madre, "... esto sucede porque pasa todo el

día mirando televisión y no se preocupa por los deberes".

Las palabras iban marcando los años en la piel de la madre y amenazaban con agravar los dolores de espalda y el cansancio de la abuela, mientras ella decía que en realidad no le explicaron bien la división. Por eso la abuela decidió ir a la cocina sin decir nada y prepararle a la nieta una taza de chocolate con galletitas, ponérselo sobre la mesa y pensar que si sólo le acariciaba la cabeza, el dolor de espalda no seguiría aumentando. Sentía más dolor porque esa mañana había ido a la feria y tuvo que cargar sola con las bolsas, nadie pudo acompañarla y además ya se le habían terminado los remedios y necesitaba una nueva placa de columna. Tampoco era para desesperarse y pensar que a la noche moriría. El tío ya había mostrado algunas canas mucho antes que empezara todo y además seguía preparando exámenes. Seguramente este ritmo inusual traía dificultades de adaptación en los primeros tiempos. Nadie envejecía ni tenía los disgustos que dan los hijos mal educados. Esas ideas había que separarlas como las manaderas sucias y los baberos vomitados; dejar el espacio necesario para el olor a chocolate recién hecho y las migas que Vanessa barrería después.

"Seguramente no entendía las operaciones porque le habían cambiado los pafziles cuando recién llegaron del hospital y eso no le gusta... ahora ya es casi una señorita", pensó la abuela al entrar al comedor con la taza de chocolate y ver a Vanessa inclinada sobre la

mesa con un pequeño seno sostenido en el borde y escribiendo con empeño en el cuaderno. "¿Sabés abuela que sigo sin entender el ejercicio", ni mamá ni el tío lo saben hacer, le voy a pedir a Tita que me lo haga". Vanessa había levantado la cabeza del cuaderno al sentir los pasos de la abuela y le sonrió con picardía, mientras le hacía señas para que se acercara. "Tengo que hacer el ejercicio si no no me dejan ir al baile de Paola... va a ir Leo ¿sabés abuela?" Esas palabras eran el ritmo que la abuela necesitaba para los dolores de espalda que sin querer Vanessa aumentaba.

"Voy a bailar toda la noche, abuela; le dije a papá que me vaya a buscar tarde". Vanessa tomó un sorbo de chocolate y se paró para mostrarle el último paso que había aprendido. Giró en semicírculo y movió los brazos a un compás imaginado; pero cuando tenía que cruzar las piernas y dar el paso adelante un dolor se le clavó en el bajo vientre y el compás dejó de marcar sus pasos. "Es siempre igual abuela, siempre me duele horrible" dijo Vanessa y buscó el respaldo de la silla para afirmarse. Se sentó y se puso una mano sobre el rostro, borrando aquella picardía de ejercicio no hecho y olor a chocolate. "Ay abuela no le digas a mamá que estoy con esto, ¡sino no me deja ir!, ¿verdad que no le vas a decir?" La abuela recordó cuando la madre se puso a llorar porque no la dejó ir a la playa con los amigos y el novio, aunque ella había prometido que no se iba a bañar y que estaría siempre bajo la sombrilla. Miró el rostro preocupado de Vanessa: le pareció que esta

situación era diferente, aunque hay que evitar salidas inútiles. "No tomes el chocolate que te va a empeorar, vení acostate, que te voy a llevar unos paños con hielo... traté de caminar derecha para que mamá no sospeche". La abuela tomó de un brazo a Vanessa y aprovecharon que la madre estaba mirando televisión para cruzar al cuarto.

"Por suerte todavía no tiré los paños de la mamadera" pensó la abuela mientras desgajaba una cubetera en la piletta. La madre entró en la cocina al sentir el golpe de los cubos de hielo y le preguntó porqué estaba la taza de chocolate enfriándose en el comedor. "... Es que Vanessa se sintió mal y se recostó, voy a poner el chocolate en una olla y a guardárselo para cuando mejor, lo calentaré luego, al terminar el deshielo lo hago". La madre le dijo que no se preocupara, que ella lo haría. Fue a buscar la taza y volcó el chocolate dentro de una olla, "le dolía la cabeza, pobre, ¡esté estudiando mucho". La madre hizo un gesto de aprobación y la abuela sintió que los cubos habían salido sin esfuerzo.

El padre recién había llegado de la calle cuando fue a buscar a la Vanessa llorosa de cuentas no entendidas. Miró en el dormitorio y la vio de apenas sesenta centímetros, dormida de tanto chuparse el dedo y sin necesidad de los paños con hielo. Fue por esa causa que empezamos a pensar en una forma de venganza. Yo no le quise comprar unos chocolates en el ómnibus y se me empezó a achicar; menos mal que el ómnibus estaba lleno y nadie se dio cuenta", comentó el

padre. Sin duda esa era la clave, la abuela no iba a seguir diciendo que sólo era un dolor de cabeza lo que Vanessa tenía porque a ella no le gustaba cuando la madre le mentía para que la dejaran salir. Seguramente Vanessa lo sabía y se volvió a vestir con pañales y chiripá, enfrentando a la abuela con los disgustos por lo mal atendida que la tenía la madre. Ahora teníamos que esperar que Vanessa se despertara para aclarar las dudas; si no se pondría a llorar y las mamaderas estaban vacías para calmarla. "No importa, esperaremos, igual aunque esté mejor no va a ir al baile" dijo la madre al sentarse, con enfado, en un sillón. El silencio fue lentamente entrelazándose con la idea de una venganza que nada tenía que ver con la Vanessa de los primeros gritos y movimientos torpes. "En el taller ya no puedo sostener los cepillos y la manguera sin que me duelan los brazos" dijo el padre, "esto de jorobando mucho". Se miraba las manos que le parecían avejentarse poco a poco, mucho más que antes de salir de su casa. La abuela sentía que sus dolores de espalda habían aumentado, "seguramente era un problema de sugestión... estamos muy sugestionados con lo de Vanessa" dijo tratando de poner un poco de calma entre nosotros. Pero la tensión nos siguió uniendo en dolores repentinos y en la resolución de problemas no deseados. "Es un problema psicológico, ella se siente atacada y se protege haciéndose bebé, sabe que todos vamos a estar alrededor de ella..." El abuelo hablaba sin mucho convencimiento

mientras todos guardábamos silencio de desacuerdo, tratando de explicarnos algo que ya no nos gustaba.

"Todos están caducos, no se dan cuenta que esto es un problema de estructura, vivimos en un país de viejos y ustedes son los culpables de que las cosas no cambien. Los jóvenes no tenemos trabajo y es por culpa de viejos tozudos que le tienen miedo al cambio... Eso repercute en las costumbres sociales, pero a mí no me importa, igual me voy con Fabio..." No habíamos oído ningún ruido antes que las palabras de Vanessa la presentaran con un cuerpo apretado por las costuras del vaquero y de la camisa. La abuela comprendió que no valía la pena preguntarle por un Leo de primeros bailes y ejercicios sin hacer. Vanessa había salido del cuarto para buscar su lápiz de labios y no para tomarse el chocolate de la olla. Iba a vivir, como cuando hablaban en las charlas de amigos, leyendo los libros que su tío no había podido leer y que ahora intentaba conseguir. Porque a Vanessa no le había tocado el hueco de aquellos años sin rebeldía, sino los de presupuestos, sexualidad o estrategias a seguir. No se podía hacer otra cosa más que estar de acuerdo con las arrugas de las manos y la cara y decirle "que eso es un disparate y que si lo hacés nunca más te aparezcas porque para nosotros es un insulto y además no te vamos a firmar ningún permiso para que te cases con ese..."

Había que endurecerse de tal forma que los padres no se acordaran de su matrimonio apurado y lleno de excusas. Era necesario

volverse padres como los abuelos que olvidaron su juventud. Además todo era culpa de Vanessa; ya no se podía conversar tranquilo porque no se sabía si faltaba poco tiempo para darle la mamadera o si iba a aparecer en la sala para hablarnos de la lucha de clases o a preguntar cuánto era siete por nueve. A ese ritmo renunciábamos, aunque ya supiéramos que no nos quedaba más remedio que seguir preparando mamaderas y corrigiendo cuentas mal hechas. Después de todo algún día la traerían en brazos a casa o vendría a buscar el esmalte y el lápiz de labios.



## LA NOCHE DEL MIEDO

La noche se había desvanecido dejando que sus formas huyeran al comenzar el día. Hacía casi una semana que, para Miguel, el miedo era diferente; lo sentía respirar entrecortado, despedir ese sudor agrio que marcaba su paso asesino. Las noches le estaban trayendo una inquietud de mirada acechante, de uñas afiladas durante días para el golpe final. No quedaba otra posibilidad más que perrecharse con lo que se tenía y medir los últimos cabos de vela, tratando de descubrir en su acortamiento el rostro concreto del enemigo.

Pero lo único que conseguía era una noche de expectativa, de inútiles especulaciones, que lo lanzaban a un día similar al anterior, lleno de inquietudes para la Brigada. Ya no podía disimular el miedo como en los primeros tiempos, cuando en el circuito se oían los gritos de terror o el ruido de huesos rotos; ahora tenía que ir a encontrarse con Milka y decirle la verdad. Confiar en su experiencia de vieja militante para comprender que no podían empantanarse en palabras de deseo y en los provocativos besos y caricias de noches antiguas. Debían adaptarse y darle a los besos un sentido de presencia; dejar caer la cifra del día y recién después podrían irse al bar, caminando abrazados. En esas pocas cuerdas Milka veía a Miguel como en una vieja foto-